

Lenguaje y tradición en México

Herón Pérez Martínez editor



El Colegio de Michoacán

Lenguaje y tradición en México

Herón Pérez Martínez, editor

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Presentación | 11 |
| Lenguaje y tradición en México: cuentos y recuentos <i>Herón Pérez Martínez</i> | 15 |
| I. Lenguaje y tradición | |
| Ser y hablar | 67 |
| <i>José Lameiras</i> | |
| ¿Los umbrales de la antropología lingüística? <i>José Ma. Infante</i> | 103 |
| Tradición y costumbre: un acercamiento antropológico <i>Jesús Tapia Santamaría</i> | 107 |
| Tradición y costumbre: puntos y comas <i>Carlos Herrejón Peredo</i> | 121 |
| El lenguaje tradicional <i>Mercedes Díaz Roig</i> | 125 |
| Imágenes y palabras: la recuperación de un lenguaje <i>José Guadalupe Victoria</i> | 135 |
| Los reductos de la significación: las palabras y las cosas <i>Juan Parent</i> | 153 |
| II. Por el lenguaje literario de México | |
| La novela mexicana del siglo XX <i>Emmanuel Carballo</i> | 161 |
| Tres maneras de contar historias <i>Luis González</i> | 173 |
| La invención de la tradición: tres antologías decisivas en la poesía mexicana moderna <i>Anthony Stanton</i> | 183 |
| El gran tema de la novela mexicana del siglo XX: la Revolución <i>Arturo Azuela</i> | 195 |
| Vista rápida del cuento en México <i>Arturo Souto Alabarce</i> | 209 |

| | |
|---|-----|
| III. La crítica literaria como conciencia | |
| Literatura crítica y crítica literaria | 219 |
| <i>Gonzalo Celorio</i> | |
| Hacia una crítica literaria en México: puntos, líneas y perspectivas | 229 |
| <i>Evodio Escalante</i> | |
| Oralidad y literatura en Fernando del Paso | 245 |
| <i>Eugenia Revueltas</i> | |
| | |
| IV. Las otras lenguas y los otros lenguajes de la tradición mexicana | |
| El cine en la cultura mexicana | 257 |
| <i>Aurelio de los Reyes</i> | |
| El cine en la cultura mexicana: puntos y contrapuntos | 265 |
| <i>Rafael Diego Fernández</i> | |
| El sustrato religioso del habla y de la tradición mexicanas | 271 |
| <i>Daniel Ulloa Herrero</i> | |
| Religiosidad popular y habla mexicana | 281 |
| <i>Jean Meyer</i> | |
| Lenguaje y migración | 285 |
| <i>Gustavo López Castro</i> | |
| Por el lenguaje de la migración | 297 |
| <i>Martha Lucía Parada</i> | |
| La música del México colonial | 301 |
| <i>J. Jesús Carreño G.</i> | |
| La música novohispana | 311 |
| <i>Arturo A. Chamorro</i> | |
| Una tradición plástica novohispana | 315 |
| <i>Nelly Sigaut</i> | |
| El lenguaje plástico en la tradición mexicana | 373 |
| <i>Clara Bargelini</i> | |
| Televisión, percepción y lenguaje | 377 |
| <i>Ramón Gil Olivo</i> | |
| | |
| V. Traducción y tradición lingüística en México | |
| Consideraciones sobre el arte de traducir | 391 |
| <i>Antonio Alatorre</i> | |
| Apuntes sobre la consistencia de la tinta | 403 |
| <i>Juan Villoro</i> | |
| Traducción e industria editorial | 411 |
| <i>Adolfo Castañón</i> | |
| La traducción en las ciencias sociales | 421 |
| <i>Aída O'Ward Ruiz</i> | |

| | |
|---|-----|
| La traducción como empresa del pensamiento | 429 |
| <i>Andrés Lira</i> | |
| La traducción de los autores grecolatinos en México | 437 |
| <i>Ignacio Osorio Romero</i> | |
| El cómo de la traducción | 449 |
| <i>Eloy Gómez Bravo</i> | |
| Ser y estar o las dificultades de la traducción filosófica | 453 |
| <i>Elsa Cecilia Frost</i> | |
| La hermenéutica y la pragmática como herramientas del traductor | 461 |
| <i>Mauricio Beuchot</i> | |
| Lenguaje y computación: un problema de traducción | 465 |
| <i>Agustín Jacinto Zavala</i> | |
| VI. Lingüística mexicana en marcha | |
| Perspectivas de la investigación lingüística en México | 481 |
| <i>Cecilia Rojas Nieto</i> | |
| Entre la realidad y el diccionario | 487 |
| <i>Luis Fernando Lara</i> | |
| Orígenes del español mexicano | 503 |
| <i>José G. Moreno de Alba</i> | |
| Las lenguas indomexicanas: el arte colectivo del pensamiento | 515 |
| <i>Thomas C. Smith Stark</i> | |

LA TRADUCCIÓN COMO EMPRESA DEL PENSAMIENTO

Andrés Lira.

Mi punto de vista es el de un profesor de historia que lee las traducciones que se nos ofrecen a los lectores de lengua española y que las utiliza en sus cursos y seminarios. Por ello me referiré a ciertos problemas planteados en las ponencias de Aida O'Ward y de Adolfo Castañón, pues se refieren a la versión de obras de ciencia social y de humanidades. De la de Antonio Alatorre –muestra del saber traducir poesía como condición de la crítica de la traducción de poesía– y del comentario de Juan Villoro –en el que se advierte la vitalidad de una generación posterior dada a la lectura de las traducciones de poesía latina– sólo puedo señalar lo mucho que debemos aprender y, por supuesto, la gratísima experiencia que nos han dejado.

Como profesor de historia tengo presente dos cualidades en la apreciación de las obras traducidas. Por una parte la información que contienen y de la que los estudiantes y profesores debemos apropiarnos; por otra, lo que estas obras aportan como criterio y como ejemplo en la formación de quienes participamos en la vida académica.

Esto, pueden decirme con razón, da lo mismo en tratándose de las vertidas de otro idioma; pero el hecho no se ve así de simple cuando reparamos en que las obras de ciencia social y también en las de historia y de otras disciplinas más o menos científicas o humanísticas que leemos en nuestro idioma son, en su mayor parte, traducciones; también cuando advertimos que entre las traducciones de obras capitales de filosofía, de historia, de sociología, de economía y de las disciplinas antropológicas –en sentido amplio– ha habido plena conciencia de lo que la traducción significa para el mundo de habla española. En repetidas ocasiones, José Gaos advirtió que la cultura de este mundo nuestro era en buena medida obra de generaciones de “traductores esforzados”, conscientes del atraso de nuestro medio académico con respecto al de los países de Europa y de Estados Unidos. En la generación de Gaos hubo, ciertamente, esa conciencia, recogida como herencia de maestros anteriores, pero hubo también el sentido de una seguridad y, quién lo duda, una calidad profesional depurada por la experiencia.

Así hallamos, sólo por citar un ejemplo relevante, la obra de Eugenio Imaz como traductor de Dilthey y de otros filósofos e historiadores alemanes –principalmente–. Obra personalísima y creativa de una posibilidad del pensamiento. Hay, también al lado de esos republicanos españoles que enriquecieron la labor del Fondo de Cultura Económica, la de mexicanos como Alfonso Reyes y como el mismo Antonio Alatorre –de lo que Marcel Bataillon dijo, refiriéndose a la versión de su *Erasmo y España*, que era la mejor versión de su obra y, bien podría predicarse esto de otros libros traducidos por Alatorre, como *La formación de los grandes latifundios en México* de Francois Chevalier.

En fin, que hay ejemplos muy positivos y edificantes de la traducción de grandes obras; pero hay, por desgracia ejemplos nada gratificantes. Libros de historia, por ejemplo, en los que se usan sin cuidado términos –que corresponden, necesariamente a conceptos– equivocados. Esto a grado tal que como profesor de historia puedo decir que un estudiante “orientado” por bibliografía mal traducida, apegado a los términos equívocos o extraños que usa el traductor descuidado y, sobre todo, ignorante del vocabulario que se empleaba en la época, luego de leer esas obras no reconocerá en los documentos y textos de la época lo que ha aprendido en los libros mal vertidos. También está el peligro enorme de dotar al estudiante, con la lectura de malas traducciones, de una jerga confusa y empobrecedora. Estos son problemas actuales que se nos imponen en el uso de las traducciones y sobre los cuales hay que llamar la atención; pues, como lo revelan las ponencias de Aída O’Ward y de Adolfo Castañón, la proporción de obras de ciencias sociales y de humanidades vertidas de otras lenguas es la predominante en nuestros acervos bibliográficos, por obra de la creciente empresa editorial.

En su ponencia Aída O’Ward señala a grandes rasgos ese problema antes de adentrarse en puntos precisos del conocimiento lingüístico en el análisis de las traducciones, tema éste central del trabajo. Pero, debo ser franco, no alcanzo a ver –sin duda por mi ignorancia de los problemas y de las técnicas de la lingüística– la posibilidad que ese análisis, tal como ella lo ha indicado, nos ofrece como experiencia del pensamiento, particularmente de la conceptualización, que es para mí el principal problema de las traducciones de obras de historia y de ciencias sociales.

Ese hecho es más patente ya que una de las obras citadas, *La imaginación sociológica* de C. Wright Mills (traducida por Florentino M. Turner, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1961 y reimpressa ya muchas veces) se halla precedida de un extenso prólogo de Gino Vermani (pp.9-20). cuyo asunto es precisamente el significado de la tra-

ducción de un libro escrito en inglés y como respuesta a los problemas del medio académico norteamericano. La traducción de esa obra y de otras semejantes ha de verse como “algo más que un problema lingüístico”; es decir, como un hecho de trascendencia cultural en el medio académico hispano americano por lo que de “comunicable” y universal hay en los problemas abordados por el autor y también por lo que, del medio norteamericano, no puede –sino a riesgo de la deformación– predicarse de nuestras sociedades y de la ciencia social.

El riesgo de una adopción indiscriminada es grande y graves pueden ser y han sido, por desgracia, las consecuencias en nuestro medio, como lo señaló por esos mismos años sesenta José Medina Echavarría, al hablar de “los problemas de la ‘recepción’ en los países sin tradición sociológica propia”, en su obra *Razón de la sociología* (publicada póstumamente en *Estudios sociológicos* El Colegio de México, Vol. 4, Núm. 10, enero-abril, 1986, pp.29-94) y cuyas páginas no me puedo resistir a citar, pues son el desarrollo claro de este problema, fincado en esa rica experiencia de investigador, traductor y profesor de sociología en España e Hispanoamérica.

...en los países sin tradición científico-sociológica en este caso, o que no hacen un esfuerzo por adoptar una posición crítica y reflexiva, toda recepción se convierte de manera fatal en escolasticismo. Es el peligro que corren en estos días nuestros propios países hispanos, en la recepción de la sociología estadounidense. Reconocer lo que no se tiene no es humillarse y es la única forma de curarse en salud ... (p.84).

Sólo así nos libramos de la copia como fenómeno de moda, que conduce a imponernos problemas que no son nuestros –verdaderamente graves por ajenos y absurdos– y que conducen a una “subvisión del esfuerzo intelectual” y a manifestaciones, “si no tan graves, por lo menos lamentables”. (cfr. pp.84-85).

La primera (dice Medina) es la deformación del idioma, el galimatías lingüístico, en una palabra, el “papiamento”. Y hoy nos amenaza a todos como destino cruel, la de expresarnos en un penoso, ininteligible a veces, “papiamento sociológico”. Toda asimilación conceptual lleva consigo necesariamente –allí donde hay recepción– una adecuada traducción de los términos y palabras. Pero las palabras y los términos se dan siempre a su vez dentro de una lengua que tiene una peculiar estructura y espíritu propio. Nada más lejos en este instante de toda pretensión de casticismo; los idiomas, quiérase o no, necesitan evolucionar, renovarse y enriquecerse de modo constante. pero tanto esa renovación como esc

enriquecimiento tienen que seguir la propia lógica de la lengua, que es al mismo tiempo una lógica espiritual. Estamos, en toda recepción, frente al problema —que no creo menos desdeñable— de la traducción. Ahora bien, toda traducción es muy difícil, exige no sólo el conocimiento de dos lenguas, sino el de la materia de que en ese momento se trata. Por otra parte, es una tarea ingrata, que apenas se agradece y que por añadidura se paga mal. La traducción comercializada corresponde siempre a una situación de emergencia. En consecuencia produce a menudo verdadera grima ver cómo se desfiguran libros valiosos, y a veces la indignación lleva a pensar que debería exigirse una sanción penal en tales casos. Se trata con esto sin duda de conocidas banalidades, pero no por esto menos necesarias para lo que ahora sigue. Pues ocurre, cosa menos conocida, que no todas las lenguas ofrecen iguales dificultades de traducción y pocos sospechan —pues piensan más bien lo contrario— que es el inglés a este respecto una de las más espinosas. Lo que implica la dificultad de una buena traducción del inglés al castellano y viceversa; y esto, por la razón de que son dos idiomas de estructura lógica y espiritual tan distinta que ambos tienden a descomponerse de manera recíproca. Repulsión mutua de estructura que no se da igualmente frente a otras lenguas, tenidas algunas por más difíciles: es decir, no ya el caso de las latinas —el francés o el italiano— sino el alemán o el ruso inclusive, ambas de gran plasticidad. Las traducciones francesas pueden saber a francés —hay galicismos— pero no descoyuntan al castellano. Ahora bien, la recepción, objeto de las meditaciones tiene como vehículo la traducción del inglés. Y si en todo caso —allí donde es más limpio, literario, y estilísticamente depurado— una traducción es espinosa, cuando se trata de obras donde el estilo desfallece, la situación es mucho peor. En el caso del norteamericano —y no sólo en él— el estilo de las obras de ciencia social desfallece, porque ya apenas se escriben sino que se dictan en buena proporción. Y sobre todo porque, en especial la buena sociología norteamericana, ha dado en caer en una “jerga” tan localizada en el tiempo y el espacio que hace muy difícil su versión, es decir, su universalización. Y esta dificultad va naturalmente en perjuicio de todos. Las supuestas razones de esa jerga no es cosa de discutirlo aquí —algunos tratan de defenderla como científicamente necesaria. Baste decir que las más de las veces es ilegítima o innecesaria. Como la claridad expresiva traduce y declara la claridad mental —la precisión conceptual—, la imposición de un “papiamento” —y nadie está exento de ser sorprendido hoy en trance de ese pecado— arrastra consigo, querámoslo o no, la oscuridad mental. Para que nadie me crea maniático u obseso del “papiamento” impuesto por la jerga sociológica norteamericana y su rápida e irresponsable traducción, recordaré la distancia que hubo en otro terreno, en el de la filosofía, entre

la reciprocidad del krausismo y la incorporación de la filosofía contemporánea por obra de Ortega, o, si se quiere, de la denominada Escuela de Madrid. Los sarcasmos de un Menéndez y Pelayo frente a los krausistas eran injustos en la medida en que lo fue este grupo de hombres constituyó un conjunto de personalidades moralmente ejemplares y nadie puede negar cuál fue el influjo favorable que ejercieron en las maneras políticas y en los hábitos intelectuales de su momento y de su país. Por infortunio, sin embargo, valían en el campo estilístico. Y esa adaptación a través de un estilo oscuro y enrevesado paralizó en cierto sentido la flexibilidad mental necesaria para permitir el intento de pensar sin andaderas. Al contrario, la original reinención lingüística de la filosofía alemana de su tiempo, emprendida por Ortega y sus discípulos, no sólo dilató los poros para la recepción de los contenidos, sino que al trasmutarla en capacidad expresiva manejada ya como propia, aligeró la auténtica agilidad mental, capaz de actuar con independencia, sin sentimiento alguno de desigualdad y tutelaje. Se dirá que la tarea fue lenta y productiva en fin de cuentas de una figura excepcional. A pesar de todo, constituyó la norma de lo que ha de hacerse en situaciones semejantes; proceder sin pausa, pero también sin prisa, y trabajar incesantemente hasta convertir un día, casi sin sentirlo, en sustancia propia lo que fuera en sus comienzos de extraño origen. ¿Cuáles son las defensas, tras las que hay que parapetarse, en la recepción en nuestros países de los aspectos valiosos de la sociología norteamericana, sin caer ni en escolasticismos, ni en papiamientos? Ante todo esto: tratar de pensar por cuenta propia, es decir, “desde dentro” los problemas que nos son peculiares y que se reconocan como los más importantes y decisivos. (pp.84-87)

Estas páginas de Medina avalan el título de este comentario, pues revelan en el campo de la sociología, —que pese a sus problemas específicos es ejemplar de lo que ocurre en otras ciencias del hombre— la necesidad de asumir la traducción como una empresa del pensamiento; ya sea que esta se refina —como en las ciencias sociales que desembocan en técnicas para la solución de problemas actuales— a situaciones de problemas políticos —en el sentido más amplio de este término—; o a aquellas en que los problemas se ubican más en el mundo del conocimiento o, si se quiere, de un saber contemplativo y de formación, no para la acción.

En todo caso hay que saber qué se dice en otros idiomas y cómo y para qué lo decimos en el nuestro —no, siempre, insisto, destacando un valor utilitario, pues más enriquecedor puede ser lo que no es “útil” en términos de acción inmediata.

La verdad es que esa visión de la traducción como una empresa del pensamiento, asumida por pensadores de primera línea, es vieja y al compás de ella ha crecido la industria editorial en sus mejores resultados. Un ejemplo de asimilación “desde dentro”, como lo señala Medina Echavarría, es la versión de *La lucha por el derecho* de Rudolf von Ihering, vertida al español por Adolfo Posada y Biesca y publicada en Madrid con un extenso prólogo de Leopoldo Alas (66 pp. de la V a la LXXI), en 1881. Leopoldo Alas, catedrático de derecho romano en la Universidad de Oviedo, escribió esas páginas acogiendo el libro de Ihering como una enseñanza contra el “posibilismo” y “quietismo” de su medio y contra una enseñanza estéril, —por formalista— del derecho y de la llamada “filosofía del derecho”. Al señalar los problemas de su medio entregó un texto que hoy por hoy es más interesante para nosotros los partícipes de la historia del mundo de habla española; pero esto tiene como referencia una obra traducida y, por su buena traducción y aprecio, repensada en español.

Adolfo Castañón nos ha hablado de ese desempeño de la industria editorial como empresa de traducción. Nada se puede agregar en este que va resultando más largo que las ponencias comentadas, salvo advertir que ese sentido de la traducción como pensamiento propio se asumió y se continuó en editoriales hispanoamericanas herederas de las españolas y enriquecidas aquí notablemente por el fondo de Cultura Económica. Pero lo cierto es que ese vigor crítico intelectual ha decaído y a veces se ha llegado a resultados lamentables.

Esto es grave, pues al tiempo que aumenta la demanda y la producción de traducciones se ha perdido el sentido crítico intelectual que predominó en el fondo de Cultura Económica en los años cuarenta y, todavía, en los cincuenta.

Reseñas, crítica, cuando no prólogos, estudios y presentaciones de los traductores (recuérdense las “solapas”, que eran verdaderos ensayos que contenían, como dijo Imaz, “ideas solapadas”) ubicaban las obras en su momento; a veces no se llegaba a la elaboración de un texto aparte, pero el cuidado en la expresión el dejar entre paréntesis términos originales para que el lector discurriera, si lo podía y quería hacer, el acierto de la traducción, avalaban un pensamiento o la labor de un pensador responsable como traductor.

Todo esto contrasta con el descuido de hoy. Profesores de ciencias sociales y de historia consideran los problemas del lenguaje como “cuestiones de mero estilo”, en el mejor de los casos; dan a leer a sus alumnos verdadera basura editorial, que más que favorecer su formación como pensadores los distrae y, a la larga, los deforma y los incapacita. El lenguaje de malas traducciones y de traducciones de malas obras se ve

en los escritos de profesores y alumnos; no hay reacción o vergüenza cuando se señalan esas faltas, desprecian —como lo muestra su ausencia aquí— lo que suene a “corrección de estilo”.

Son esos resultados de problemas mayores de nuestro medio académico, cierto; pero si vamos a tener que seguir dependiendo de traducciones, hay que asumir este reto con gusto y con responsabilidad. Es cierto que la producción de obras que deben traducirse hace imposible encontrar el traductor ideal de los viejos tiempos del Fondo de Cultura Económica, heredero o el mismo a veces, de la editorial Revista de Occidente. Estos, recordemos, eran profesores universitarios que conocían las obras en su idioma y al considerar necesaria la versión al castellano la hacían a conciencia. Luego la reseñaban y prologaban, etc., etc., y la enseñaban en cursos y seminarios.

Esa estrecha relación entre vida académica e industria editorial no puede ya darse cabalmente así, pues una y otra han crecido desproporcionadamente. Pero sí es posible recuperar, descubriendo el valor de nuestra historia editorial del Fondo de Cultura Económica, reseñas aparecidas en su momento y ponerlas como prólogos en la reimpresión de libros, valorar la labor de los traductores del Fondo y mostrar sus virtudes como ejemplo y, en todo caso, pedir a los conocedores de los temas que se traducen al castellano la revisión de lo hecho por los traductores (no expertos en la materia).

Creo que esas y otras medidas que podríamos discurrir en este coloquio son indispensables para recuperar y aprovechar realmente el sentido ahora más necesario que nunca, de la traducción como una empresa del pensamiento en el mundo de lengua española.